

CARTA 21 Sobre la agenda del hacer las cosas bien: bien hechas y por el bien de todos. Una apuesta para el siglo XXI y para evaluarnos dentro de cincuenta o cien años

Una lectura superficial de estas cartas podría conducir a algunas personas a la desazón, percibiendo únicamente los aspectos negativos, puede conducir a otras, o a las mismas, a la compasión hacia mi persona, debido a la permanencia en el mundo académico latinoamericano. A quien piense o sienta de este modo debo decirle que lamento no haber sido capaz de transmitir mejor el mensaje. El medio académico latinoamericano tiene además de sus vicios, inteligencia, simpatía, encanto, generosidad, cariño y heroísmo, como lo he dicho y repetido, entre otras capacidades, aptitudes o fortalezas y, sobre todo, soy parte suya como el mar del océano, por lo que nada de lo que he dicho de este medio me es completamente extraño. Soy culpable de muchos de sus vicios y solidario, quiero creerlo, de otras tantas virtudes.

Entiendo que muchas personas no compartirán mis juicios, perspectivas o propuestas. Desde ya, debo decirles que entiendo que haya quienes puedan afirmar que hay aspectos que podrían acusarse de tecnocráticos, otros de ingenuos, quizás algunos de atentar contra las tradiciones de nuestra cultura e incluso con intenciones de torcer los valores de la juventud. Todavía más, soy consciente que pueden inducir a equívocos y que muchas formulaciones podrían haber sido mejores. Por esto, creo que quienes difieran de mis ideas no deben gastarse en combatir los errores, que seguramente son muchísimos, sino en proponer ideas mejores. Espero que toda su imaginación y agudeza no se oriente hacia lo banal que es demostrar mis debilidades, sino hacia lo interesante que sería señalar mejores rumbos.

He expuesto (o sacado al sol) nuestras miserias pero, como he señalado, cualquier reforma o mejoramiento lo haremos nosotros mismos, con toda persona que quiera colaborar. De ahí mi insistencia en el auto examen, en la autocrítica, en la reflexión colectiva y en el compromiso con nuestra profesión y nuestra gente.

La tarea del mejoramiento (o como se quiera: reforma, regeneración, revolución, superación, ¡Que florezcan cien flores! nosotros no somos políticos ni menos dictadores, sino académicos), de nuestro quehacer intelectual latinoamericano es en primer lugar nuestra propia tarea, aunque todo el mundo tiene derecho a participar, sugerir y exigir, y prioritariamente nuestros estudiantes (destinatari@s privilegiad@s de estas *Cartas*) quienes deben proponerse superar a sus mayores. Sin embargo, no por vernos esmirriados o haciendo meas culpas piensen que es tarea fácil, no olviden ahora ni más tarde que muchos de los corruptos de hoy fueron los estudiantes universitarios de los 1950s, 60s y 70s. ¿Deberé decir que en América Latina, los jóvenes de hoy son los corruptos del mañana? Mas fácil lo creyeron, en su momento, algunos sesentistas actualmente perseguidos por corrupción enorme así como también otros corruptos ya convictos y confesos.

Entiendo que los objetivos de los seres humanos a lo largo de la historia y según las culturas van cambiando, por lo cual es arriesgado proponérselos a muy largo plazo. Es razonable imaginar que mañana nos reprochen habernos afanado por algo que a ellos no interesa demasiado o, peor aun, por algo que consideran perjudicial. No obstante esa conciencia, no podemos dejar de utopizar según nuestros criterios. Paradójicamente: no podemos dejar de creer en lo que creemos ni dejar de creer que mañana los seres humanos creerán en otras cosas y nos juzgarán por habernos equivocado. La única solución es actuar de acuerdo a lo que creemos sin dejar de asumir que existen otras formas de pensar y de sentir que las nuestras y, por tanto, si debemos utopizar debemos hacerlo sin dogmatismo y sin creer que nuestra época sea la definitiva. Por ello debemos ser imaginativos y elásticos, para abrir posibilidades y para no cerrarlas. La búsqueda de la felicidad y de la plenitud es tan infinita como pantanosa. Únicamente los dogmáticos retrógrados creen haber descubierto las claves de la realidad y su ignorancia prepotente les permite decir que ellos conocen, o peor, son la verdad.

Por ello, la propuesta relativa a que Latinoamérica puede (o debe) estar dentro de unas décadas en el promedio de la humanidad, debe interpretarse de acuerdo a los criterios que en ese momento la humanidad se haya fijado para medir su bienestar, su libertad o su felicidad. De ahí la insistencia en los valores “básicos” y “abiertos”, aquellos que son necesarios (no suficientes) para los indicadores de hoy y presumiblemente también para los de mañana. De ahí la necesidad de la imaginación para no quedar pegados tratando de cumplir lo que ya está obsoleto y fue desechado por la humanidad.

* * *

No se trata de ser modernos, en primer lugar ni de tener una identidad muy profunda sino de vivir mejor en un mundo compartido.

Pensar el futuro como “modernidad” es una manera de hacerlo. Pero no cualquier futuro, ni cualquier calidad deben pensarse como modernidad. Lo moderno es una etapa de la historia para algunos pueblos, no es el fin de la historia. Una vida medioambientalmente mas limpia no es sinónimo de modernidad, una existencia sin desnutrición o con más amor tampoco es sinónimo de modernidad.

Valores como la justicia, la libertad o la paz consigo mismo, tienen el derecho de juzgar a la modernidad. Son valores más básicos que la modernidad.

No nos pongamos condiciones innecesarias, no nos amarramos a principios que no nos hacen ser mejores ni más felices. No se trata de obligarnos a ser modernos ni obligarnos a realizar nuestra identidad. Esas son maneras de decir algo más radical: se trata de vivir mejor en el mundo, en un mundo compartido. No hay que amarrarse ni entraparse con la identidad; como tampoco hay que confundir el norte, creyendo que la felicidad y la modernidad son sinónimas.

Los valores básicos son anteriores y seguramente, si logramos sobrevivimos a la modernidad, sobrevivirán con nosotros para construir y cuestionar formas posteriores: equilibrio, armonía, vida en paz consigo mismo, con los demás y con la naturaleza, realización personal, expresión, justicia, libertad, participación, democracia, igualdad, equidad, amor, cariño, comunicación, bienestar, calidad de vida, deseo de respeto y reconocimiento, salud, conocimiento, información y cultura, por poner algunos en relieve. Por cierto, muchos de estos se traslapan y a veces se oponen o generan múltiples tensiones.

La modernidad no es el fin de la historia, no queremos que sea, pues a Latinoamérica todavía no le llega su hora. No aceptamos el papel de fetos, de fetos nonatos de la historia. Aunque quizás lo seremos. No hay nada escrito que diga que cada pueblo tendrá su hora en el banquete final. Llegamos tarde a este banquete y apenas hemos obtenido las sobras. No es obvio que haya otro y otro hasta que nos corresponda entrar los primeros. La historia no es justa. En este juicio universal todavía estamos del lado de los condenados de la tierra.

* * *

Algunas personas que han leído los borradores de estas cartas me han interrogado sobre los agentes que podrían llevar a cabo estas acciones, pues no era creíble que una intelectualidad a la que se atribúan tantos defectos pudiera reformarse o regenerarse.

¿De donde sacaremos fuerzas los latinoamericanos? Solamente podrán ser fuerzas de flaqueza, pues debemos cuidarnos de cualquier tipo de agentes que afirmen poseer fuerzas morales incontaminadas, que podrían reformar a la región. Toda reforma debe ser emprendida por los mismos actores que mantienen hundida a América Latina. Tarea paradójica, pero la única posible. No hay sectores limpios o incontaminados, ni siquiera la juventud. Pero para esto es muy importante aprender de quienes lo han hecho bien y no empecinarse en que quienes lo han hecho sistemáticamente mal, finalmente van a triunfar.

He querido dirigirme a mis colegas sobre el estancamiento o la decadencia de América Latina y sobre los vicios de la “cultura académica”, que al menos es una de las causas más importantes respecto a la baja producción de conocimiento en América Latina. He querido igualmente aludir a las numerosas potencialidades también existentes en nuestra cultura académica. En relación a esto he acentuado la necesidad del bienpensar, tratando de explicarlo. El estancamiento nos pone frente a la necesidad de formular la exigencia respecto a la equidad del poder mundial, que no puede ser enfrentada por nuestra parte si no es a través del aleph del conocimiento y de la asunción del protagonismo de intelectuales, docentes y universitarios, quienes deben fijarse una agenda para sí mismos y para Latinoamérica como un todo. Puntos importantes de esta agenda son, por ejemplo, colaboración intelectual internacional e importación y exportación de tecnología y cultura. No me he cansado de insistir en la significación de las redes intelectuales y los corredores de las ideas como formas de acción e interacción de la sociedad civil del conocimiento, en vistas a la creación de un espacio intelectual latinoamericano y, más ambiciosamente, hacia la creación de una “Internacional del Conocimiento”.

No se trata de enumerar todas las cosas pendientes, sería una tarea infinita y algo tonta, las cosas pendientes son demasiadas. De lo que se trata en cambio es de reiterar algo dicho: hacia mediados de siglo deberíamos estar en el promedio de la humanidad (poseer un porcentaje equivalente al de la población que somos en el mundo): en calidad de vida, en poder, en producción de ciencia y tecnología, en presencia cultural, en equidad, en democracia, en probidad, en libertad. En algunos de estos aspectos ya estamos en el promedio o sobre el promedio, en otros claramente no. Por cierto, no voy a proclamar que “nosotros podemos, que todo está de nuestra parte y que la decisión es lo único que nos falta”. Si así fuera, la decisión que no tenemos sería lo más importante. No quiero hacer el ridículo... Sólo quiero escribir una frase más: dejemos de faltarnos el respeto a nosotros mismos, a nuestros hijos y al mundo.

Río Piedras, Puerto Rico